

Notas sobre la noción de conflicto ambiental: ¿un nuevo matiz en el análisis histórico?

*Germán Palacio **

Introducción

Para los ecologistas y buena parte de los ambientalistas es bastante común partir del supuesto de la armonía de la naturaleza que, eventualmente fue interrumpida por la acción humana. Si hasta hace prácticamente tres siglos la capacidad humana de irrumpir drásticamente sobre la naturaleza tenía efectos locales o regionales y preferentemente superficiales, los desarrollos tecnológicos, desde entonces, paulatinamente han ido irrumpiendo no sólo en una escala global, sino por encima y por debajo de la corteza terrestre, en el espacio aéreo y en el submarino. En efecto, exploraciones petroleras y mineras en general, junto con prácticas y experimentos nucleares han tendido a transformar capas subterráneas. El mar es ahora intensamente explorado, dicen las publicaciones de divulgación ambiental a veces con fines benéficos de carácter científico y de recreación y otras veces con propósitos más utilitarios. Adicionalmente, la atmósfera y la capa de ozono han sido perturbadas por la acción humana. La colocación de satélites en la órbita geoestacionaria y los viajes a la luna y a otros planetas del sistema solar, presagian que esta acción perturbadora del ser humano sigue viviendo la fase de expansión inaugurada desde 1492.

Buena parte de las nociones más destacadas que suponen la armonía de la naturaleza se basan en entendimientos provenientes de la ciencia de la ecología. No obstante, en buena medida, el muy difundido pensamiento de Alexander von Humboldt, preluvió esta noción en el campo científico con su apreciación de la naturaleza tropical como un todo armonioso llamado cosmos. Humboldt sentó las bases de la naturaleza tropical contemporánea influyendo no sólo a europeos sino a patriotas que desde comienzos del siglo XIX lucharon y triunfaron por la independencia iberoamericana. Desbordando el carácter científico de esta perspectiva, ella es también una visión estética del mundo asociada a las ideas románticas de la época.

* Profesor asociado Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional de Colombia. Actualmente Director Universidad Nacional de Colombia-Sede Leticia.

Hasta mediados del siglo XIX no se entendía a la naturaleza como un ser histórico, ya que la tierra permanecía estable y constituía sólo un escenario en el que se desenvolvía la historia humana. Esto fue cambiando en las ciencias naturales desde mediados del siglo XIX, momento en el cual empezaron a ejercer una importante influencia las ideas evolucionistas de Charles Darwin en la biología o de Charles Lyell en la geología. Pero para casi ningún historiador o filósofo de la historia, la idea de una naturaleza histórica interactuando y confundida con la historia humana fue algo aceptado. La naturaleza seguía siendo un mero escenario de la historia humana, hasta que en la crisis ambiental de la segunda parte del siglo XX esta visión empezó a transformarse y empezó así a desarrollarse la historia ambiental.

Cuando se habla del campo ambiental, a diferencia de las visiones dominantes en la ecología, se entiende que el medio es lo que circunda al ser humano. Así también la historia ambiental puede verse más fácilmente como un campo del conocimiento afectado por el carácter contradictorio y conflictivo de las relaciones entre una naturaleza en transformación y la historia humana. Pero como los estudios y los movimientos ambientales están fuertemente relacionados con el campo científico de la ecología, que la historia ambiental sea un campo de conflicto, no deja de chocar con esos supuestos de la vieja ecología que sigue dominando el sentido común de los militantes ambientalistas, de que la naturaleza es en el fondo, un todo armonioso.

Esta discusión no está localizada en el limbo etéreo de un debate académico sin correlato práctico. En el ámbito doméstico por ejemplo, algún ministro del Medio Ambiente en Colombia¹, cada vez que daba declaraciones públicas a mediados de la década de 1990, particularmente cuando visitaba zonas de oleoductos volados por El Ejército de Liberación Nacional, solía afirmar: «es necesario sacar a la naturaleza del conflicto». Sin duda un propósito loable; cualquiera pensaría. Pero pasado un primer momento de perplejidad habría que preguntarse: ¿Se puede sacar a la naturaleza del conflicto? Como si los humanos pudieran vivir sin la naturaleza que es también su supuesto. El reconocimiento de que la naturaleza está en disputa y hace parte sustancial de la guerra y la paz, de la industria y el comercio, y de la acción y la contemplación, debe orientar las investigaciones sobre historia ambiental. Este texto solo pretende delinear aspectos básicos de las nociones de conflicto ambiental, sin detenerse al detalle en una enumeración académica de textos o de acontecimientos. Es sólo un punto de partida que dé lugar al desarrollo de un proyecto que desglose con detenimiento y sutileza los variadísimos matices del complejo campo que aquí

¹ El último ministro de Ambiente de la administración de Ernesto Samper, 1997 y 1998, Eduardo Verano de La Rosa.

se presenta. Sin ánimo de agotar el tema veamos estos puntos con más detenimiento, desarrollando la anterior argumentación en los siguientes aspectos: armonía y conflicto en el conocimiento occidental; naturaleza y función social del conflicto; modelos históricos de conflicto ambiental y la redefinición del conflicto social a la luz del conflicto ambiental.

Armonía y conflicto

Cuando la naturaleza tiende a ser presentada en los discursos ecologistas como armoniosa, la acción humana seguiría aparentemente, el signo contrario. El reconocimiento de la importancia de esta perspectiva no puede desconocer que en variadas ocasiones no se ha visto a la fuerza de la naturaleza como un ser benevolente y armonioso. Los huracanes y terremotos, la irrupción de volcanes, y otros fenómenos naturales parecieran tener lugar sin tomar en cuenta la acción supuestamente negativa de los seres humanos. Por ello, en ocasiones, la naturaleza tendría también un signo destructivo.

Ambas visiones, la armónica y la destructiva han hecho parte de los imaginarios occidentales. Aunque la visión armónica tuvo fuertes adeptos en las ciencias naturales, en las últimas décadas, numerosos científicos naturales han empezado a encontrar también caos, azar y, en vez de leyes, conflicto en la naturaleza. Aunque ese caos también implica, en estas concepciones, fuerzas destructivas, ellas al mismo tiempo poseen una potencia creativa. Pero lo importante es reconocer que tanto la armonía como el caos son conceptos correlativos, como el de conflicto. Esta polaridad se reitera en la misma matriz: orden-caos, equilibrio-desequilibrio, guerra-paz, armonía-conflicto. Hay que aceptar que tratándose de estos conceptos, lo uno viene con lo otro y el uno no se entiende sin el otro: son interactivos².

Es cierto que es posible escribir historia ambiental bajo el supuesto de la armonía intrínseca de la naturaleza y el carácter destructivo de la acción humana. Quienes así lo hacen aspiran secretamente a través de la exposición de tal desafuero torcer el rumbo de las acciones humanas y recuperar la posibilidad de evitar o, al menos, disminuir, el carácter destructivo del progreso humano. Sin embargo, es más interesante escribir historia ambiental haciendo que la acción humana sea parte integral de las transformaciones de la naturaleza. Desde este punto de vista, la acción humana es parte de la historia de la naturaleza. Siendo las sociedades humanas dispares y

² Para una buena discusión filosófica y política sobre supuestos epistemológicos y grupos de acción ambiental véase MERCHANT, Carolyne. *Radical Ecology. The Search for a Livable World*. Routledge. Nueva York. 1992.

conflictivas, la disputa en torno de la naturaleza constituiría el trasfondo más sustancial de la historia ambiental. Una historia de la transformación de la naturaleza por la acción conflictiva entre grupos sociales que se disputan la apropiación, la significación, la transformación y los imaginarios mismos sobre la naturaleza deseada. Algunos podrían entonces criticar el exceso de antagonismo y la ausencia de visión de armonía. Ante este razonamiento, otros contra-argumentarían que si inclusive el conflicto y la disputa constituyen la trama de la narrativa de la historia ambiental, por lo menos, la búsqueda contemporánea apunta a la supresión parcial de ese antagonismo y a la restauración de una armonía, supuestamente perdida. Este texto lleva al extremo las dos posiciones para enfatizar la claridad, sin pretender que haya puntos intermedios como efectivamente los hay.

Naturaleza y función social del conflicto

El pensamiento europeo ha pasado por esta controversia. Se percibe un renacimiento del pensamiento religioso cuando se escucha a los militantes ecologistas y ambientalistas afirmar que la crisis ambiental proviene de haber roto una armonía interna propia de la naturaleza. En las ideologías conservadoras provenientes de las concepciones orgánicas cristianas del medioevo, el conflicto proviene de la desobediencia al plan de Dios, aceptando así eso que debe ser rechazado para mantener la armonía; el 'orden' roto en algún momento. En estas visiones el desorden visto como caos es rechazado: no son vislumbradas sus funciones creativas. Y en las ideologías religiosas la armonía es esa meta que hay que alcanzar en el futuro. En algunos de estos casos el conflicto es, quizás, un mal menor que hay que aceptar para restablecerla.

Hay también ideologías que no son abiertamente religiosas pero tienen un trasfondo afín. *El manifiesto comunista* de Marx y Engels postula que la historia de todas las sociedades es la historia de la lucha de clases, pero estos autores confiaron que la lucha revolucionaria del proletariado le pondría fin a esa historia: a través de la lucha de clases se regresaría a la armonía. Los trabajos antropológicos de la época, Lewis Morgan por ejemplo, los llevaron además a concluir que el origen de la humanidad estaba caracterizado por un comunismo primitivo y el futuro sería también de comunismo que es armonía, desde el punto de vista, no de la eliminación de todas las contradicciones, pero sí de la supresión de la lucha de clases. Adicionalmente, con la liberación de las fuerzas productivas y la abolición de la tiranía de la naturaleza sobre los seres humanos que entrarían a la edad de la abundancia, se recuperaría un nuevo estado de armonía.

Como se ve, en algunas perspectivas el conflicto no es visto como un elemento negativo. Los seres humanos vivimos inmersos en conflictos, pero el conflicto puede tener una función social positiva. En particular, muchos creen que el cambio no se puede dar sin el conflicto. El pensamiento liberal y una parte muy importante del pensamiento biológico creen también que el conflicto es muy positivo: la lucha por la supervivencia es la mejor expresión del sentido creativo y afirmativo del conflicto. Y sus homólogos, los economistas liberales de fines del siglo XIX y los neoliberales de fines del siglo XX, pensaban que la competencia en el mercado era positiva para el conjunto de la sociedad, al fomentar la creatividad y la eficiencia. La exaltación de la lógica del egoísmo, de la competencia y la supervivencia de los más fuertes, era el correlato del desprecio a la cooperación, el altruismo o la solidaridad con los más débiles. Es así como se ha retroalimentado el pensamiento económico liberal con el pensamiento evolucionista biológico en una especie de "darwinismo social".

Otras visiones reconocen que el conflicto puede ser fuente creadora de nuevas opciones, sin que esto signifique la exaltación del egoísmo, ni exclusivamente, la supervivencia de los más fuertes. Precisamente el pensamiento crítico, como el de Murray Bookchin, Joan Martínez-Alier o el ecosocialismo³, por ejemplo, propone que el modelo dominante actual de apropiación, construcción, control y utilización de la naturaleza debe ser desafiado para evitar que el futuro de esta sociedad humana siga enfatizando sus peores aspectos, no sólo la destrucción del entorno natural, sino también, la desigualdad social, la guerra y el empobrecimiento biológico, entre otros. Como en todas las épocas, los proyectos dominantes han sido contestados, cuestionados, negociados, resistidos y eventualmente, transformados.

Modelos de conflicto ambiental

La teoría clásica de conflictos parte de tres convicciones: primero, que son necesarios; segundo, que constituyen el motor del cambio social y tercero, que vienen generados por la incompatibilidad de intereses entre seres humanos. En general, se entiende que el conflicto es una situación en la que un actor se encuentra en oposición consciente con otro actor, debido a que persiguen objetivos incompatibles, lo que los coloca en extremos antagónicos, en situación de enfrentamiento, negociación y lucha. El conflicto ambiental podría desafiar o cualificar este modelo.

³ BOOKCHIN, Murray. *Por una sociedad ecológica. Tecnología y sociedad*. Gustavo Gili. Barcelona. 1978. O'CONNOR, (ed.) *Is Capitalism Sustainable? Political Economy and the Politics of Ecology*. The Guilford Press. Nueva York, Londres. 1994.

Si entendemos que conflicto ambiental es el que se produce en el proceso humano de apropiación y transformación de la naturaleza, el conflicto ambiental hace parte de la historia humana y por tanto, es «antediluviano». Si «lo ambiental» condensa la relación Naturaleza-Cultura, lo ambiental sólo existe cuando se puede hablar de esas relaciones. En el más elevado nivel de abstracción hay varias formas de ver el conflicto ambiental como la confrontación entre seres humanos en torno de la naturaleza o partes de ella; como la relación Naturaleza vs Cultura y viceversa; o como la relación conflictiva entre culturas que luchan por apropiarse, controlar la naturaleza y despojar al enemigo de sus medios de subsistencia y de sus formas de construirla; esto quiere decir, cierta relación Naturaleza-Cultura contra otras relaciones Naturaleza-Cultura. No sobra aclarar que el par Naturaleza-Cultura es una distinción analítica y que no implica la separación tajante entre estos dos términos en «la realidad». De hecho, en la medida en que la acción humana en el cambio de milenio ha incrementado exponencialmente su capacidad de transformación de la naturaleza, es más difícil sostener una separación radical entre naturaleza y humanidad. Distinción, quizás; separación, prácticamente imposible.

La primera versión es afín a lo que conocemos como «ecología política», entendiéndola como el campo que explica los problemas o transformaciones ecosistémicas dentro de un esquema de análisis de relaciones de poder. Pongamos un ejemplo con trayectoria histórica: Warren Dean en *Brazil and the Struggle for Rubber*⁴ analiza históricamente el conflicto en torno al control del mercado mundial del caucho. Brasil empezó a perder el dominio y la primacía del mercado mundial a comienzos del siglo XX, por todo un proceso en que unos naturalistas al servicio de la Corona británica, que luego se volvieron famosos, sacaron de contrabando del Brasil numerosos ejemplares, embarcándolos y trasplantándolos a los jardines botánicos de la Corona. Con apoyo oficial experimentaron las modificaciones, hicieron sucesivos intentos de mejorar los cultivos y finalmente, tuvieron éxito con las plantaciones a gran escala en una de sus colonias en el sudeste asiático, más exactamente en Malasia. Mientras Inglaterra pregonaba la división internacional del trabajo, según la cual los países ecuatoriales debían exportar productos tropicales y los industrializados productos manufacturados, ellos producían manufacturas en la Gran Bretaña y productos tropicales en sus colonias. La estrategia inglesa acabó arruinando los productores suramericanos, despojando al Brasil de su

⁴ DEAN, Warren. *Brazil and the Struggle for Rubber. A Study on Environmental History*. Cambridge University Press. Cambridge, Mass. 1987.

primacía en el mercado mundial de caucho y generando una grave crisis económica en toda la cuenca amazónica. Dean trata de añadir una nueva pieza a las explicaciones más socorridas de este declive brasileño, evitando centrarse en los problemas típicamente tecnológicos o en la carencia de mano de obra en el Amazonas.

De hecho, los reiterados fracasos de la producción agroindustrial en Brasil, décadas más tarde de la crisis, fueron ratificados cuando la multinacional de automóviles Ford durante la segunda guerra mundial intentó organizar plantaciones a gran escala. Según Dean, a pesar del suministro de la mano de obra y de los avances tecnológicos suplementados por la multinacional automotriz, no fue suficiente para sobreponerse a la competencia de otras regiones. Un elemento no explicado en la historiografía del caucho, tiene que ver con problemas específicos del bioma amazónico, afectado por un tipo de hongo difícil de controlar, lo cual se constituyó en un límite que impidió emular la experiencia inglesa en Malasia. Más que un proceso histórico reducible a términos económicos, se trató de un proceso complejo de cambio tecnológico e investigación científica inmersa en una disputa Norte-Sur por el control del mercado mundial. La explicación del “fracaso brasileño” en materia de caucho, tiene que enmarcarse en una puja por el desarrollo de habilidades para domesticar plantas y construir una agroindustria a gran escala dentro de las características específicas de biodiversas y complejas zonas tropicales.

Otros trabajos históricos son ejemplos de esta visión. En *Remedios para el imperio*, Mauricio Nieto⁵ muestra las conexiones entre el imperialismo, la historia natural y la forma de representación de las plantas por los botánicos de la época del Despotismo Ilustrado; es decir, la relación entre política, ciencia y apropiación de la naturaleza. Lucile H. Brockway, en *Science and Colonial Expansion*⁶ propone bajo el análisis del caucho y la quina, entre otros, que trazar fronteras rígidas entre ciencia, comercio e imperialismo, es incorrecto.

Este fenómeno se puede ver también desde experiencias contemporáneas. El problema ambiental involucra la construcción cultural de la naturaleza bajo relaciones de poder: así, por ejemplo en Colombia, la transnacional OXY, Ecopetrol y el desarrollismo a ultranza, durante la década de 1990s, asumieron que los recursos ubicados en los territorios reclamados por los indígenas u'was deben ser explotados en bien, si se quiere, del país. En cambio, para algunos de sus contradictores indígenas y buena parte de los asesores que

⁵ NIETO, Mauricio. *Historia natural y la apropiación del Nuevo Mundo*. Icanh. Bogotá. 2001.

⁶ BROCKWAY, Lucile. *Science and Colonial Expansion: the Role of the British Royal Botanical Garden*. Nueva York. 1979.

privilegian la preservación de la cultura tradicional y el territorio ancestral, esos territorios son su espacio mítico vital, el prerrequisito de su subsistencia como cultura, lo cual incluye lo que para el discurso del desarrollo son los recursos mismos. No se trata sólo de un conflicto social; pero tampoco es un conflicto ambiental sólo porque en él participe el Ministerio del Medio Ambiente otorgando la licencia ambiental. Se trata sí, de un conflicto ambiental porque involucra el control de un territorio y su subsuelo, así como el proceso mismo de construcción antagónica de lo que es la “naturaleza” y de los que son “recursos”. Aunque sea una visión romantizada, sus propulsores han tenido un poder importante para convertir esa visión en una verdad creíble para una serie de ONG internacionales y simpatizantes de la visión de que los indígenas son una especie de “nativos ecológicos” para usar el concepto que en Colombia ha popularizado Astrid Ulloa.

Pero hay otras formas de examinar el conflicto ambiental que tiene como soporte tres modelos diferentes. El primero, corresponde a la forma como lo plantea Augusto Ángel en *La fragilidad ambiental de la cultura*; el segundo como se trasluce en *La vorágine* de José Eustasio Rivera; y el tercero, como lo presenta Alfred Crosby en *El imperialismo ecológico*⁷. Ángel hace una rápida revisión del panorama histórico de las relaciones entre naturaleza y cultura. Arrancando desde el descubrimiento de la agricultura y pasando por los antiguos imperios y el período de descanso medieval para adentrarse en la era moderna de explotación intensiva de la naturaleza tanto en regímenes capitalistas como socialistas, Ángel plantea tres tipos de situaciones en secuencia: primero, la influencia de los ecosistemas en la formación de las culturas; segundo, la transformación del medio por la acción cultural y tercero, la venganza de la naturaleza cuando las culturas sobrepasan sus márgenes de resiliencia, es decir, los límites de los ecosistemas para soportar la carga impuesta por el peso de las sociedades humanas, en lo que Ángel llama la *némesis* de la naturaleza.

La verdad es que Ángel implícitamente asume a la naturaleza como una compleja y delicada trama que se funda en una armonía casi sublime. Pero como se ha dicho anteriormente, ese esquema en que la naturaleza es una entidad armoniosa es una idea que eventualmente, volvió a ser dominante sólo en tiempos recientes, como efecto de la crisis ambiental global que tiende a asumir que los problemas ambientales hoy en día, son producto de los estragos del desarrollo, tanto de la riqueza desmedida como de la pobreza extendida por el mundo.

⁷ ÁNGEL, Augusto. *La fragilidad ambiental de la cultura*. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, 1996. RIVERA, José Eustasio. *La vorágine*. El Áncora Editores. Bogotá. 1997. CROSBY, Alfred. *El imperialismo ecológico. La expansión biológica de Europa*. Ed. Crítica. Barcelona. 1988.

En contraste, un caso paradigmático de una naturaleza salvaje, peligrosa o infernal, intrínsecamente opuesta a las fuerzas humanas, es la vívida descripción de la Amazonia colombiana realizada por José Eustasio Rivera en *La vorágine*. En esta famosa novela publicada en 1923, la idea de la selva es infernal; constituye una verdadera prisión. Cuando Arturo Cova, el protagonista, se interna por el Vichada en busca de su amada atrapada por un mercachifle tratante de esclavos y blancas, exclama: "¡Oh selva, esposa del silencio, madre de la soledad y de la neblina! ¿Qué hado maligno me dejó prisionero en tu cárcel verde?"⁸ Y casi enseguida agrega: "Tú eres la catedral de la pesadumbre"⁹.

Como se observa, esta noción de selva es muy distante de aquella que asume que la naturaleza es sabia, armoniosa y maternal. La selva en esta representación, es imponente pero pavorosa. La guerra que libran con ella los humanos es a muerte. En tono un poco de mofa hacia la otra novela magistral de la literatura colombiana, *La María* de Jorge Isaacs, Rivera dice: "¿Cuál es aquí la poesía de los retiros, donde están las mariposas que parecen flores traslúcidas, los pájaros mágicos, el arroyo cantor? ¡Pobre fantasía de los poetas que sólo conocen las soledades domesticadas!" Y agrega: "¡Nada de ruiseñores enamorados, nada de jardín versallesco, nada de panoramas sentimentales! Aquí los resposos de sapos hidrópicos, la maleza de cerros misántropos, los rebalses de caños podridos"¹⁰. Por ello, no puede dejar de afirmar: "Esta selva sádica y virgen procura al ánimo la alucinación del peligro próximo"¹¹.

Y si en algún momento los humanos ganan la batalla contra la naturaleza, este triunfo no los deja incólumes. Deben pagar un alto costo: "La selva trastorna al hombre desarrollándole los instintos más inhumanos: la crueldad invade las almas como intrincado espino, y la codicia quema como fiebre"¹², dice Rivera. Esa especie de venganza de la naturaleza no viene como en el caso de Ángel, asociada a catástrofes, contaminación y sequías, sino como deshumanización. Tal es la visión de la selva en una época marcada por la explotación del caucho en Colombia especialmente en la región del río Putumayo. Ciertamente es que las visiones brasileras de la extracción de la "borracha" son mucho más épicas que la tragedia colombiana. De hecho, décadas más tarde, bien avanzado el siglo XX, la historia de Chico Mendes el seringueiro amazónico brasiler, es la historia de un humilde extractor de

⁸ RIVERA. Op. Cit. 1997. Pp. 109.

⁹ Ibid. Pp. 108.

¹⁰ Ibid. Pp. 200.

¹¹ Ibid. Pp. 201.

¹² Ibid. Pp. 153.

caucho y al mismo tiempo, un protector de la selva, y por tanto, símbolo de la alianza entre ecologistas y campesinos, quien es asesinado por las bandas armadas que responden a los intereses de hacendados expansionistas y ganaderos.

Un patrón diferente para analizar el conflicto ambiental puede ser extraído del trabajo de Alfred Crosby. Este autor presenta el imperialismo ecológico como el producto de la confrontación de dos “biotas mixtas”. Por ejemplo, la conquista de América por los ibéricos, ingleses y franceses primero, y luego la oleada de migrantes europeos durante el siglo XIX a los países templados del hemisferio norte y suramericano, convirtieron estas regiones en lo que llama “neoeuropas”. Los seres humanos de una cultura invasora acompañados de sus plantas, animales, agentes patógenos y malas hierbas, acabaron derrotando a otros seres humanos americanos asociados también a sus correlativos acompañantes y transformando sus ecosistemas. Así, los europeos resultaron victoriosos no sólo debido a una tecnología de guerra más sofisticada, a unas armas religiosas de persuasión, a un espíritu alentado por el ansia de gloria y riqueza, sino también debido al resultado aleatorio del dominio de vacas, caballos, perros, cerdos, gallinas, trigo, avena, centeno, viruela, gripa y sarampión en llave con los invasores europeos. En esa lucha se produjeron por supuesto, transformaciones, y si se quiere, se inventaron nuevos “ecosistemas”; las “Nuevas Europas” dice Crosby, para referirse a Norteamérica, el Cono Sur de Suramérica, Australia y Nueva Zelanda.

Reflexiones finales

Esta variedad de entendimientos del conflicto ambiental introduce un nivel de complejidad no prevista en las visiones clásicas sobre conflicto social, en que los actores o intereses contrapuestos son relativamente conscientes y no involucran a la naturaleza misma como un actor potencial. Llevado a un extremo, cuando la naturaleza se convierte en actor tienden a diluirse las distinciones radicales entre seres humanos y naturaleza, y se reconstruyen las áreas de continuidad entre naturaleza y cultura. Se trata al menos, de visibilizar la naturaleza en la conflictiva historia humana, y en el extremo, de la posibilidad de otorgarle subjetividad a la naturaleza rompiendo así la dicotomía forjada en el pensamiento moderno, en la que los seres humanos son los sujetos y actores de la historia, mientras que la naturaleza es un objeto inerte carente de historicidad.

La discusión sobre conflicto ambiental en las variadas direcciones que se están señalando aquí puede conducir a innovar en la teoría de conflictos, bien

sea por el camino de la introducción de la naturaleza dentro del corazón de la discusión, por la subjetivación de la naturaleza, o por el camino del rescate de elementos no conscientes de los conflictos sociales en los que la naturaleza deja de ser simplemente el escenario inmodificable y ahistórico de las acciones humanas y se convierte en un agente activo de sus transformaciones y conflictos.

Por fin, volviendo a las notas iniciales: ¿es posible pensar que se puede sacar a la naturaleza de la guerra y de la historia? Eso es como pensar que podemos sacar al ser humano de la naturaleza; en esta visión lo ambiental, no es el problema de lujo que se resolverá después que solucionemos la cuestión del hambre y la guerra. Lo ambiental, entendido como el entorno del ser humano es a la vez, resultado y precondition de su existencia. Precisamente, las luchas entre los seres humanos son batallas por la apropiación, transformación, control y construcción cultural de la naturaleza misma.